

cadadas por completo a los jerséis de doscientos dólares y sus enormes hileras de casas victorianas convertidas en hotelitos de alto standing. Y sobre estas diferencias entendidas como las dos caras de esa gran moneda que es el turismo americano. Aquí se hablará muy poco de todo eso, salvo para amplificar la paradoja antes mencionada y revelar las preferencias personales de este enviado especial. Confieso que nunca he entendido por qué tanta gente cree que para divertirse hay que ponerse chancas y gafas de sol y arrastrarse por carreteras donde el tráfico es enloquecedor hasta lugares turísticos abarrotados y calurosos a fin de paladear un «sabor local» que por definición queda estropeado por la presencia de turistas. Esto puede ser (tal como señalan todo el tiempo mis acompañantes al festival) una simple cuestión de personalidad y de gusto intrínseco: el hecho de que no me gusten los lugares turísticos significa que no entenderé nunca su atractivo y que por tanto no soy la persona indicada para hablar del mismo (del supuesto atractivo). Pero como es casi seguro que esta nota al pie no va a sobrevivir a los recorres que la revista le hará al artículo, yo a lo mío:

Tal como yo lo veo, al alma probablemente le siente bien ser turista, aunque sea solo muy de vez en cuando. No digo que le siente bien de una forma refrescante o iluminadora, sino más bien de una forma sombría, severa, estilo «Miremos los hechos con franqueza y encontremos una forma de abordarlos». Mi experiencia personal no me ha demostrado nunca que viajar por el país amplíe mis horizontes o resulte relajante, ni que los cambios radicales de lugar y de contexto tengan un efecto saludable, sino más bien que el turismo dentro del país resulta radicalmente constrictivo, y humillante de la peor forma: hostil a mi fantasía de ser un verdadero individuo, de vivir de alguna forma fuera y por encima de todo. (Ahora viene la parte que mis acompañantes encuentran especialmente infeliz y repelente, una forma segura de estropear la diversión de viajar en vacaciones:) Ser un turista de masas, para mí, equivale a convertirse en un puro americano de los tiempos que corren: foráneo, ignorante, codicioso de algo que nunca se puede tener y decepcionado de una forma que nunca se puede admitir. Implica estropear, en virtud de la pura ontología, la misma cosa no estropeada que uno ha ido a experimentar. Implica imponerse a uno mismo sobre lugares que en todos los sentidos menos el económico serían mejores y más reales si uno no estuviera. Implica, en las coias y en los atascos y en las transacciones sin fin, afrontar una dimensión de uno mismo que resulta tan ineludible como dolorosa: en tanto que turista, te vuelves económicamente significativo pero existencialmente aborrecible, como un insecto posado sobre algo muerto.